

Historia, Acción e identidad: Revisitando el Segundo Gran Debate y evaluando su importancia para la Teoría Social

FRIEDRICH KRATOCHWIL*

RESUMEN

Este artículo aborda el tema de la naturaleza del conocimiento en los asuntos prácticos. Tradicionalmente esta cuestión ha sido abordada recurriendo a la construcción teórica [*theory-building*] y poniendo en juego una serie de criterios epistemológicos independientes que, supuestamente, garantizan los postulados formulados dentro de un marco teórico. En este contexto, la universalidad, entendida como generalidad, y la fiabilidad de los "datos" a lo largo de la historia son criterios particularmente poderosos que establecen la "verdad" de las proposiciones teóricas por medio de "tests" y, así, contribuyen a acumular "conocimiento". Pero este ideal del conocimiento "teórico" malinterpreta de forma significativa tanto el tipo de conocimiento que necesitamos para adoptar decisiones prácticas, como el de la "historia" para constituirnos en agentes. Al utilizar el argumento de Bull del segundo debate como contrapunto, y al revisar también las controversias relativas a la paz democrática y al papel de los estudios macro-históricos, primero me centro en la naturaleza de la "historicidad" y la situacionalidad [*situatedness*] de todo el conocimiento práctico. En segundo lugar, intento clarificar cómo el conocimiento del pasado que se relaciona con las elecciones prácticas en esa "historia" no es simplemente un almacén de datos fijos, sino un producto de la memoria, la cual está profundamente implicada tanto en nuestras construcciones de la identidad como de los proyectos políticos que perseguimos. En tercer lugar, esbozaré los criterios para la generación de conocimiento que son más apropiados cuando afrontamos problemas prácticos.

PALABRAS CLAVE

Agencia; historicidad e identidad; conocimiento práctico.



TITLE

History, Action and Identity: Revisiting the 'Second' Great Debate and Assessing its Importance for Social Theory

ABSTRACT

This article raises the issue about the nature of knowledge in practical matters. Traditionally this question has been answered by pointing to 'theory-building' and to field independent epistemological criteria that are supposed to provide the knowledge warrants for the assertions made within a theoretical framework. In this context universality, i.e. generality and trans-historical reliability of the 'data', are particularly powerful criteria that establish the 'truth' of theoretical propositions through 'tests' and thus contribute to cumulative 'knowledge'. But this ideal of 'theoretical' knowledge significantly misunderstands both the type of knowledge we need when we make practical choices and that of 'history' in constituting us as agents. In using Bull's argument in the second debate as a foil, and in revisiting also the controversies concerning the democratic peace and the role of macro-historical studies I first elaborate on the nature of the 'historicity' and situatedness of all practical knowledge. In a second step, I attempt to clarify how the knowledge of the past relates to practical choices in that 'history' is not simply a storehouse of fixed data, but a product of memory, which in turn is deeply involved in our constructions of identity and of the political projects we pursue. In a third step I adumbrate the criteria for knowledge generation that are more appropriate when we face practical problems.

KEYWORDS

Agency; historicity and identity; practical knowledge.

* Friedrich

KRATOCHWIL ha sido profesor en las universidades de Maryland, Columbia (New York) y Penn, así como catedrático de Relaciones Internacionales en la Universidad de Munich y el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Fue editor del *European Journal of International Relations* y sus temas de investigación se refieren a las relaciones internacionales, el derecho internacional y la teoría social y política.

Traducido con permiso de la editorial, artículo original::

KRATOCHWIL, Friedrich, "History, Action and Identity: Revisiting the 'Second' Great Debate and Assessing its Importance for Social Theory" en *European Journal of International Relations*, Marzo 2006, nº 12, p. 5-29.

Traducción:

Sergio CABALLERO SANTOS.

Introducción

Evaluar el progreso en la construcción teórica en Relaciones Internacionales implica dos tareas. Primero, ¿cuáles son los criterios para valorar el desarrollo teórico? Y segundo, ¿cuáles son los factores que dirigen este desarrollo? ¿Lo que explica el desarrollo de la teoría, es principalmente la problemática política cambiante, son los debates en el seno de la disciplina o es la organización del campo como una disciplina académica?

Cada uno de estos factores parece proveernos de una respuesta plausible que puede conducir a cierto apoyo empírico. En virtud de la hipótesis del desarrollo de la problemática política cambiante, no es casual que el estudio de las Relaciones Internacionales se emancipara en el período de entreguerras y el posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando los cambios revolucionarios acabaron con el sistema de estados europeos y dieron lugar a una heterogeneidad sin precedentes. Actualmente, podemos ver nuevamente cómo la aparición de una nueva agenda política y nuevos problemas políticos, como el terrorismo, nos muestran que la mayoría de lo que sabíamos sobre disuasión y seguridad es más un pintoresco recuerdo de un tiempo ya pasado, que una parte de un conocimiento disciplinario acumulativo. Además, dependiendo de cómo contemos los debates en nuestro campo, al menos desde el "tercer" debate tenemos que admitir que la discusión ha estado más dirigida por cuestiones epistemológicas y metodológicas que por la política¹. Finalmente, de forma más reciente, los estudiosos del desarrollo de la disciplina han señalado la importancia de los marcos nacionales y sociales para el desarrollo del campo de estudio².

Así pues, para resolver estas interpretaciones contradictorias tenemos que despojarnos de una de nuestras más queridas convicciones, esto es, que el "progreso" en la teorización es el resultado de un proceso casi automático de autocorrección, por medio del cual las conjeturas son, o refutadas o corroboradas³. Aquí, en la última generación, los historiadores y los filósofos de la ciencia han cambiado también de manera fundamental la concepción de ciencia. El énfasis ha cambiado decisivamente desde los simples "tests" y el descubrimiento de leyes universales hacia un concepto de ciencia como *práctica*. En vez de la lógica y la especulación positivista lógica sobre la naturaleza de las "verdaderas" afirmaciones que formaban parte de, por ejemplo, el "Tercer Mundo" de Popper⁴, hemos llegado a la conclusión de que la producción de conocimiento tiene una importante dimensión práctica e histórica que debe necesariamente quedar reflejada. Aquí el trabajo de Steve Fuller⁵, Pierre Bourdieu⁶ o Karin Knorr-Cetina⁷, quienes se centran en el proceso de producción de conocimiento en vez de en la "ontología", o categorías independientes de cuestiones epistemológicas, resulta

¹ LAPID, Yosef, "The Third Debate", *International Studies Quarterly*, N.33, 1989, pp. 235-54.

² JOERGENSEN, Knud Erik, "Continental IR Theory: The Best Kept Secret", *European Journal of International Relations*, Vol.6, nº1, 2000, pp. 9-42; Friedrichs, Joerg, *European Approaches to International Relations Theory: A House with Many Mansions*, Routledge, Londres, 2004.

³ Para esto ver POPPER, Karl, *Conjectures and Refutations*, Harper, Nueva York, 1965.

⁴ POPPER, Karl, *Objective Knowledge*, Clarendon, Oxford, 1972.

⁵ FULLER, Steve, *Social Epistemology*. Bloomington, University of Indiana Press, IN, 1991.

⁶ BOURDIEU, Pierre, *Pascalian Meditations*, Polity, Cambridge, 2000.

⁷ KNORR-CETINA, Karin, *The Manufacture of Knowledge*, Pergamon Press, Oxford/Nueva York, 1981; KNORR-CETINA, Karin, *Epistemic Cultures: How the Sciences make Knowledge*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1999.

sugerente⁸.

Sin embargo, mi afirmación es en cierto modo más amplia, dado que argumento que el entendimiento de “la política” requiere un conocimiento histórico que es *sui generis*. La política es inherentemente “práctica”, desde el momento en que tiene que ver con hacer las cosas bien en el momento correcto en función de las circunstancias históricas particulares. Para pensar de forma coherente sobre esos problemas, hacen falta diferentes habilidades que las ensalzadas, por ejemplo, en el manual de metodología contemporánea más exitoso⁹, ya que ni la subsunción bajo una ley universal, ni la lógica de la inferencia desde una muestra particular hasta la población en su conjunto, es aquí un tema que esté encima de la mesa.

De forma similar, los criterios epistemológicos tradicionales de “rigor” y “parsimonia” son, en esta perspectiva, fuertemente contrarrestados por los requerimientos de integridad y coherencia (“trazabilidad” es el criterio propuesto por Gary Gallie¹⁰ para evaluar la plausibilidad de una línea argumental). Como en el derecho, la pregunta crucial es si se ha dejado fuera o no algo relevante. Esto nos lleva a una concepción diferente de “verdad”, que sirve como una garantía para nuestros postulados cognitivos. La verdad ya no está vinculada con el ideal de que nuestros conceptos tienen que cuadrar con “el mundo” ahí fuera —precisamente porque en las ciencias sociales algunos de los más importantes conceptos son constitutivos (y usados de forma recursiva) del orden social, más que simplemente su reflejo o descripción—, pero asimismo la verdad tampoco está ya vinculada con las nociones de validez universal (transhistórica). No obstante, a pesar de las acusaciones de que esta postura se equipara con el “relativismo”, excluye claramente la noción del “todo vale”. En vez de ello, las justificaciones son aportadas o rechazadas en virtud de la capacidad intersubjetiva de defensa de las aseveraciones hechas en nuestros argumentos.

Mientras que el supuesto de aceptación cauta del criterio de la parsimonia de forma acrítica ha sido planteado hábilmente por David Dessler¹¹, la propuesta sobre exhaustividad y contextos apropiados formó parte del alegato de Bull para un enfoque “clásico” en el segundo debate. En ese sentido, aduzco que la crítica de Dessler no ha ido suficientemente lejos y debe ser completada por algunos de los argumentos de Hedley Bull. Sin embargo, no quiero entrar en una discusión a fondo sobre el segundo debate —precisamente porque creo que algunos de los puntos centrales de Bull¹² necesitan una reelaboración mucho más cuidadosa—. Usaré los argumentos de Bull como contrapunto para demostrar la importancia de la reflexión histórica para un adecuado entendimiento de la política. El conocimiento apropiado en este caso no es, por tanto, simplemente el de una ciencia, ni siquiera una ciencia aplicada, sino la combinación de un potente elemento de diagnóstico (saber “qué”) con el “saber cómo” (mejor que sólo saber “por qué”).

Por tanto, querría argumentar que esas razones sustantivas nos dirigen necesariamente

⁸ Para este contexto, ver también la contribución seminal de THIES, Cameron, “Progress, History and Identity in IR Theory”, *European Journal of International Relations*, N.8, 2002, pp. 147–85.

⁹ KING, Gary et al., *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1994.

¹⁰ GALLIE, W.B., *Philosophy and the Historical Understanding*, Schocken, Nueva York, 1968.

¹¹ DESSLER, David, “What is at Stake in the Agent/Structure Debate”, *International Organization*, N.43, Verano, 1993, pp. 441–73.

¹² BULL, Hedley, “International Relations Theory: The Case for a Classical Approach”, *World Politics*, N.18, Abril, 1966, pp. 361–77.

hacia la historia. Sin embargo, el compromiso con lo histórico será, obviamente, bastante diferente de extraer o sacar algunas "lecciones" de la historia, o de testar nuestras teorías con "hechos" históricos. Respecto a lo primero, cuando se produce en condiciones de cambios rápidos, el pasado no nos puede seguir dotando de ejemplos que pudiéramos aplicar al caso de estudio en concreto. Así, la función de una reflexión histórica no puede ni ser la colección de "lecciones" de la historia¹³, ni consistir en el conocimiento de qué pasó "realmente". Es más, afirmo que es a través de la reflexión histórica como nos hemos percatado de la "dialéctica de la elección" en la cual, desde el presente, el pasado es recordado y unido al futuro en virtud de un "proyecto" político. En este sentido, el modelo de la "acción racional" se expande y ya no está limitado a las preferencias presentes (cuya génesis, no obstante, permanece exógena), sino que las preferencias están vinculadas a las expectativas futuras. Por el contrario, las valoraciones de los agentes están ahora sistemáticamente vinculadas a las identidades individuales y colectivas, al igual que a los "proyectos" futuros (utopías) que, por su parte, no están limitados a las probabilidades en virtud de las cuales uno evalúa la ocurrencia de los eventos.

Precisamente, por el hecho de que sabemos que las cosas podrían haber sido diferentes, al profundizar en mayor medida nuestro conocimiento sobre el pasado, empezamos a percatarnos de las oportunidades pasadas y, de este modo, nos damos cuenta de nuestro propio potencial como agentes. Por supuesto, esto no quiere decir que todo sea ahora posible sólo porque las "estructuras" que más constriñen son ahora "deconstruidas" en este proceso reflexivo. Por el contrario, el conocimiento histórico indica claramente que no todo es posible, en la medida en que los desacuerdos son numerosos, los problemas de acción colectiva abundan, los dilemas son reales y las instituciones son complicadas. La reflexión histórica no nos provee de justificación para embarcarnos en fantasías de omnipotencia sólo porque las "necesidades" a las que hay que enfrentarse resulten artificiales la mayoría de las veces. Sin embargo, una reflexión como ésta es la precondition para una correcta apreciación de acción y agencia.

Éstas pueden parecer afirmaciones atrevidas, pero para mostrar su idoneidad, quiero adoptar los siguientes pasos argumentativos. En la próxima sección revisaré brevemente los argumentos de Bull para mostrar la problemática de usar la historia como una herramienta para la construcción teórica. En particular, abordaré los problemas de medición, de juicio y el supuesto papel de las generalizaciones o las leyes en las ciencias sociales. Para ilustrar el problemático "uso" de la historia, abordo dos debates más en la disciplina, concretamente el argumento de la paz democrática y el lugar de la macro-sociología en el campo de estudio. Aunque en ambos casos la historia es usada en gran parte como almacén para los datos que supuestamente nos permiten testar las teorías, algunas de las recientes discusiones relativas a los hechos históricos han traído a la primera línea el problema de su "emplotment"¹⁴, esto es, la comprensión de que los "hechos" históricos son siempre parte de una historia.

¹³ Sobre el cambio en el entendimiento histórico del pasado, ver la discusión fundamental de KOSELLECK, Reinhart, "Historia, magistra vitae: The Dissolution of the Topos into the Perspective of a Modernized Historical Process" en KOSELLECK, Reinhart, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, MIT Press, Cambridge, MA, 1985, pp. 21-38 [traducción Keith Tribe]

¹⁴ N.d.T: Palabra sin traducción posible creada desde la palabra *plot* (trama, argumento). Se opta por mantener el original, dado que se explica a continuación su significado.

En virtud de esto, la historia no está simplemente "ahí" (como una colección de hechos o cosas), sino que es el resultado de un "recuerdo", esto es, la memoria, que será el tema de la tercera parte. Este argumento sobre la memoria sienta las bases, en la cuarta sección, para una discusión sobre el rol de la memoria individual y colectiva en una teoría de la acción. El artículo concluye con un breve resumen caracterizando el tipo de conocimiento aplicable a los problemas prácticos.

La necesidad de una reflexión histórica vs. La reducción de la historia a un almacén de "datos"

Empiezo con las críticas de Bull a la obsesión por las mediciones en las ciencias sociales, que, en su opinión, diagnostican erróneamente los problemas de conceptualización y la forma en que conocimiento garantizado es creado. Aquí, el papel del juicio y la cuestión de la naturaleza histórica del mundo social se convierten en asuntos relevantes. Ambos puntos tienen implicaciones importantes para la construcción de la teoría y para el "tipo" de teoría que necesitamos para plantear cuestiones de *praxis*. Pero, a pesar del hecho de que el argumento de Bull parece esencialmente correcto, algunos de sus pasos son expresados torpemente y deben ser aclarados. Por ejemplo, es poco convincente argumentar contra la búsqueda de leyes universales y después decir que los "modelos" de Relaciones Internacionales "podrían igualmente haber sido expresados como una 'generalización' empírica" —bastante distinto del hecho que las leyes y las generalizaciones trabajan de forma diferente¹⁵—. De manera similar, mantener que "el rigor y la precisión" a la que aspira el enfoque científico pueda ser alcanzado "completamente en el marco del enfoque clásico"¹⁶ parece fuera de lugar. Después de todo, este argumento contradice otros dos de sus puntos: que el estudio de la política pueda requerir diferentes estándares de aquellos que proveen los cálculos lógicos; y que eligiendo un ideal metodológico erróneo es probable que terminemos en un formalismo vacío y con una agenda de investigación empobrecida¹⁷.

Además, Bull afirma que si los partidarios del enfoque científico nos han dejado sus aportaciones, ha sido porque han abandonado los estrechos límites de sus propios criterios metodológicos. Se trata, una vez más, de un error común en todo tipo de investigadores que hacen coincidir los hechos con su propio estándar. El alegato de Bull por un enfoque clásico requiere entonces un argumento más riguroso. Habría que ir más allá de la mera acusación del carácter "fetichista" (sic) de la medición y, en cambio, argumentar que la "noción de criterios científicos de un campo independiente" —respaldado por la unidad de la posición de la ciencia— no es en sí mismo un "idea regulativa" útil. Además, una reafirmación más rigurosa de las preocupaciones de Bull sobre el fallo de la teoría para apreciar el reto planteado por los problemas de *praxis* tiene que ser ampliada para poder cuestionar la creencia en la "objetividad" del "enfoque científico", tal y como "se expandió por las corrientes dominantes de las ciencias sociales", dado que reposa en algunas asunciones metafísicas. Esto requiere una explicación que vaya más allá.

La más importante de estas asunciones es la idea de que los "tipos sociales" no

¹⁵ BULL, Hedley, "International Relations Theory...*op.cit.*", p. 370.

¹⁶ Ver los seis puntos de BULL, Hedley, "International Relations Theory...*op.cit.*", p. 375.

¹⁷ Puntos 1 y 7.

difieren en ningún aspecto significativo de los “tipos naturales”¹⁸. Pero si tomamos seriamente la afirmación de Weber¹⁹ (1974) de que en las ciencias sociales no son sólo los elementos observables (tipos naturales), sino también los *valores* los que determinan cómo operan nuestros conceptos, entonces el argumento de Bull sobre la necesidad de juicio adquiere una especial relevancia. Lo que cuenta para, por ejemplo, la guerra o la democracia no es ni resoluble con una mirada más cercana del fenómeno, ni solventado por una estricta operacionalización y el acuerdo entre investigadores. Igualmente problemática es una segunda asunción, por ejemplo, en torno a que sólo las generalizaciones válidamente transhistóricas aportan hallazgos y conocimientos garantizados. Tal y como Paul Diesing señaló correctamente en una ocasión, las generalizaciones sobre el comportamiento electoral en Estados Unidos, por ejemplo, “pueden ser válidas aunque sólo son aplicables entre 1948 y 1972 y sólo para los estadounidenses. La verdad no tiene que ser atemporal. Los empiristas lógicos tienen un nombre despectivo para dichas verdades cambiantes: relativismo, “pero dichas verdades son reales, mientras que la verdad absoluta y convertida totalmente en axioma es imaginaria”²⁰.

Una tercera asunción metafísica concerniente a la “objetividad” surge aquí. Para una ontología pretendidamente platónica es obligatorio que algo verdaderamente “sea” sólo cuando no cambia. Toda la tradición occidental ha distinguido siempre entre “ser verdadero” y otras formas distintas de ser. Aquélla es eterna, mientras que estas últimas son el ámbito del cambio y la decadencia. Sin embargo, sobre las bases de la física moderna, podemos pensar mejor en las “cosas” y “objetos” no como entidades fijas, sino como estabilizaciones temporales de varios procesos. En ese caso, emerge una ontología totalmente diferente, ya que el tiempo y el cambio no están identificados con la decadencia ni la falta de verdad. Por el contrario, el cambio es la condición normal, esto es, verdadera. Así, en el caso de las “categorías sociales”, entender el contexto para estas “estabilizaciones”, tanto conceptualmente como históricamente —un problema que no puede resolverse construyendo, por ejemplo, modelos rigurosos, tal y como Bull sugiere correctamente— es entonces más importante que centrarse en dos o tres variables que no cambien.

Dadas estas dificultades que parecen abrir las compuertas del “relativismo”, los partidarios de la “universalidad” pueden argüir algunas excusas, aunque éstas dependen, no obstante, de la eliminación de la historia como preocupación en sí misma. Una es la idea de que las leyes históricas, que explican las transiciones de una época o período a otro, son capaces de capturar incluso los cambios transformativos. La otra conlleva la asunción opuesta, esto es, la existencia de algunas estructuras transhistóricas, que se desarrollan, independientemente de los cambios “en la superficie”. Sin embargo, un momento de reflexión muestra la naturaleza problemática de ambas maniobras (aparte de la incompatibilidad de sus reivindicaciones). La primera se sostiene sobre una filosofía de la historia²¹ en la que el filósofo desempeña ahora el papel de Dios, que mira por encima de los “acontecimientos”

¹⁸ Esta es la asunción que está detrás de la aserción en el clásico manual para graduados de que “la investigación diseñada para ayudarnos a entender la realidad social sólo puede ser exitosa si sigue la lógica de la inferencia científica”. En KING, Gary et al., *Designing Social Inquiry...op.cit.*, p. 229.

¹⁹ WEBER, Max, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Mohr, Tübingen, 1974 [edición von Johannes Winkelmann]

²⁰ DIESING, Paul, *How Does Social Science Work?*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, PA, 1992. Énfasis añadido.

²¹ Para una crítica feroz de esta idea ver Popper, Karl, *The Poverty of Historicism*, Harper, Nueva York, 1961.

desde un punto absoluto más allá del tiempo. Para él, todo es contemporáneo y la historia sólo puede ser conceptualizada como algún tipo de revelación, sea de un espíritu hegeliano, sea de las fuerzas productivas de Marx, sea de la democracia como en el "fin de la historia"²². Uno de los méritos del análisis de Popper fue haber desacreditado el mito de dichas leyes históricas. Incluso aunque tres o cuatro eventos estén causalmente relacionados, no hay manera de construir una ley histórica a partir de esta cadena de eventos.

El otro mecanismo, como hemos visto, es restar radicalmente importancia a los problemas del cambio, centrándose en la existencia de estructuras sistémicas presuntamente transhistóricas²³. De este manera, incluso el cambio transformativo, como el que encontramos en la desaparición del Imperio soviético, se convierte en un mero "dato" con escaso significado²⁴. Habiendo definido el "sistema" de tal manera que nada salvo el surgimiento de un imperio podría contar como un cambio transformativo, la actual investigación sobre los patrones cambiantes de la política puede ser ciertamente calificada como "investigación confirmatoria", investigación que confirma la hipótesis de partida. No obstante, tal y como sugiere la discusión sobre "unipolaridad" *versus* "jerarquía", un programa de investigación como ese tiene serias deficiencias. Obviamente, las dos versiones de los sistemas difieren más sobre si el principio de legitimidad ha cambiado o no, que sobre el cambio en la distribución de capacidades. Mientras el estado preponderante en un sistema unipolar podría tener tanta influencia como un centro imperial, parte de las reglas que definen el juego internacional difieren de forma significativa. En un imperio, el centro puede dar órdenes, en un sistema unipolar esas órdenes serán ilegítimas y, con toda probabilidad, generarán resistencias.

En la medida en que los puntos previos sean válidos, el desarrollo de la conceptualización objetivista de un sistema social, sin recurrir a las ideas y valores que sostienen los propios actores, parece fútil. Precisamente, debido a que la realidad social no está simplemente "ahí fuera", sino que está hecha por los actores, los conceptos que usamos son parte de un vocabulario que está profundamente imbricado en nuestros proyectos políticos. En ningún sitio se vuelve esto más claro que en la evidencia "empírica" presentada en apoyo de la teoría de la paz democrática. Detrás de los esfuerzos de operacionalización, medición y de codificación está no sólo el lenguaje, sino el proyecto político que guía nuestro aparato conceptual. Trazar las líneas dependerá más de un juicio a la luz de nuestros valores que de la puesta en marcha y el desarrollo de los indicadores "en general". Atribuir un caso a un tipo requiere, por lo tanto, de *juicios* (discutibles) más que de la abstracción y del tipo de inferencias habituales de la estadística y los métodos cuantitativos.

Por ejemplo, ¿qué podemos hacer con las "democracias iliberales"²⁵, es decir, sistemas políticos que pueden proporcionar elecciones disputadas y cambios de gobierno, pero no un régimen efectivo de derechos civiles? Pero si estos añadidos representan dimensiones

²² FUKUYAMA, Francis, *The End of History and the Last Man*, Free Press, Nueva York, 1992.

²³ Para una noción heurística mucho más fructífera de un sistema que permita grandes variaciones históricas, ver BUZAN, Barry y Richard LITTLE, *International Systems in World History*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

²⁴ Para una útil colección de ensayos sobre este punto, ver LEBOW, Richard Ned y Thomas RISSE-KAPPEN (eds), *International Relations Theory and the End of the Cold War*, Columbia University Press, Nueva York, 1995.

²⁵ Ver la discusión de COLLIER, Davis y Steven LEVITSKY, "Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research", *World Politics*, N.49, Abril, 1997, pp. 430-51.

relevantes, ¿puede el desarrollo de un “indicador general” en algún caso no tener en cuenta esos problemas? Desafortunadamente, la idea de un indicador general no resuelve realmente el problema, como prueba la argumentación a continuación. Al operacionalizar el argumento de la paz democrática, por ejemplo, un indicador de la forma de gobierno podría ser calculado restando un índice de “autocracia” de un índice de “democracia”, que entonces nos indica un número que supuestamente nos dice cómo de democrático es un país. Pero, como ha apuntado David Spiro²⁶, al usar este conjunto de datos y la operacionalización propuesta por Zeev Maoz y Bruce Russett, para autocracia y democracia, Francia sería no “democrática” después de 1981, mientras sí lo sería El Salvador; y Bélgica no habría sido una democracia hasta 1956!²⁷ Obviamente aquí juegan un papel central, implícita o explícitamente, los valores que se ostenten en relación al peso y la importancia de algunas dimensiones de la democracia, un problema que no puede ser reducido al incremento de la fiabilidad de la codificación, ni al problema de mirar con más detalle los hechos. De forma similar, la comparación entre las medidas construidas por el cientista social finés Tatu Vanhanen²⁸ para la democracia (operacionalizando el concepto entre líneas de la definición de Dahl) y las de Michael Doyle²⁹ muestra que, en el indicador “finés”, los Estados Unidos puntúan bajo repetidamente, muy por detrás de los sistemas políticos de Europa Occidental. La investigación de Vanhanen enfatiza y da mayor peso a la participación y competitividad de las elecciones entre diferentes partidos y la supremacía de los parlamentos³⁰. Por el contrario, en el enfoque de Doyle los Estados Unidos consiguen siempre a puntuación más alta, tanto históricamente como en el presente. Sucede a pesar del hecho de que históricamente el sufragio fuera limitado, la esclavitud formara parte de la realidad y la competencia partidaria fuera virtualmente inexistente en amplias zonas del país, por no hablar de la aparentemente generalizada alienación política, ejemplificada por la baja participación electoral. Así, en el discurso científico estadounidense, las normas liberales son habitualmente aquellas que corresponden con el *proyecto político en curso* de los Estados Unidos y es esta vara de medir la que se aplica para los otros países.

En otras palabras, se sostiene que los países que se parecen a los Estados Unidos comparten también su mismo proyecto político, sea paz liberal, soberanía de consumo o lo que sea, incluso aunque la cadena causal que proviene de los resultados normalmente siga siendo bastante nebulosa³¹. Tal y como Ido Oren señalaba:

“Las formas de gobierno tienen numerosas dimensiones objetivas por las que pueden ser medidas. Las dimensiones capturadas por las actuales

²⁶ SPIRO, David, “The Insignificance of the Democratic Peace”, *International Security*, N.19, Otoño, 1994, p. 56.

²⁷ MAOZ, Zeev y Bruce RUSSETT, “Normative and Structural Causes of Democratic Peace”, *American Political Science Review*, Vol.87, nº3, 1993, pp. 624–38.

²⁸ VANHANEN, Tatu, *The Process of Democratization: A Comparative Study of 147 States*, Crane Russak, Nueva York, 1990.

²⁹ DOYLE, Michael, “Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs”, *Philosophy and Public Affairs*, Vol.12, nº3, 1983, pp. 205–35; DOYLE, Michael, “Liberalism and World Politics”, *American Political Science Review*, Vol.80, nº4, 1986, pp. 1151–69.

³⁰ Para una discusión más completa de esos problemas, DAVIS, James, *Terms of Inquiry: Reflections on the Theory and Practices of Political Science*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, MD, 2005.

³¹ Ver la controversia entre SLAUGHTER, Anne Marie, “International Law in a World of Liberal States”, *European Journal of International Law*, Vol.6, nº4, 1995, pp. 503–538; SLAUGHTER, Anne Marie, “A Liberal Theory of International Law”, *Proceedings - American Society of International Law*, N.94, 2000, pp. 240–253; y ALVAREZ, Jose, “Do Liberal States Behave Better? A Critique of Slaughter’s Liberal Theory”, *European Journal of International Law*. Vol. 12, nº.2, 2001, pp. 183–246.

medidas empíricas de democracia han sido seleccionadas a través de un sutil proceso histórico, por medio del cual las dimensiones objetivas en las que Estados Unidos se parecía a sus enemigos fueron eliminadas, mientras que aquellas en las que los Estados Unidos más se diferenciaban de sus enemigos fueron privilegiadas. Así, las reglas de codificación que definen la democracia son mejor entendidas como un producto, por tiempo limitado, de las circunstancias históricas de los Estados Unidos, que como las fuerzas atemporales y exógenas que se presume que son”³².

La conclusión de esta discusión es que los bancos de datos no son simples lugares de almacenamiento de nuestros hechos no adulterados, sino que son parte de nuestro entendimiento y de nuestros proyectos políticos. *Es a través de la reflexión histórica y no de la generalización* como el origen de esos datos se vuelve visible, que el papel del juicio se descubra y se hacen explícitos los criterios para que un fenómeno cuente como ejemplo de un cierto concepto. En este sentido, tampoco es sorprendente que los autores de Relaciones Internacionales que han abogado por desarrollar la teoría mediante un *rastreo de procesos* [“process tracing”] y estudios de caso único, tales como Alexander George y Andrew Bennett³³, hayan sido más sensibles hacia estos temas. Sin embargo, las implicaciones metodológicas de esta alternativa frecuentemente no son tomadas en serio. Por el contrario, en virtud de la “lógica de la inferencia”, se mantiene que cada caso individual tiene poco poder teórico, como por ejemplo, algunos realistas adujeron en el caso de la caída del Imperio soviético³⁴. O bien, a veces se sugiere que las deficiencias teóricas de los casos singulares deben ser subsanadas incrementando el número de observaciones dentro de él (aunque esta decisión viole el requerimiento estadístico de la independencia de los casos).

Controversias similares surgen del renovado interés por los estudios macrohistóricos en sociología³⁵ y en ciencia política³⁶. Mientras que la discusión entre los sociólogos creó mucho ruido y pocas nueces, Ian Lustick identificó correctamente el punto central de esta controversia: expresada en el lenguaje de la ciencia social normal, se refiere al “sesgo en la selección”. Así, al examinar las bases “empíricas” de trabajos macrohistóricos como el de Barrington Moore *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*³⁷ o el estudio de Theda Skocpol *States and Social Revolutions*³⁸, Lustick apunta que ambos autores habían utilizado, como sus bases fácticas, historias de autores que implícita o explícitamente compartían sus

³² OREN, Ido, “The Subjectivity of the Democratic Peace: Changing US Perceptions of Imperial Germany”, *International Security*, Vol.20, nº2, 1995, p. 152.

³³ GEORGE, Alexander y Andrew BENNETT, *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*, MIT Press, Cambridge, MA, 2005;

³⁴ LEBOW, Richard Ned y Thomas RISSE-KAPPEN (eds), *International Relations Theory...*op.cit, p. ix.

³⁵ Ver la controversia entre MANN, Michael, “In Praise of Macro Sociology: A Reply to Goldthorpe”, *British Journal of Sociology*, Vol.45, nº1, 1994, pp. 37-54; GOLDTHORPE, John, “The Uses of History on Sociology — A Reply”, *British Journal of Sociology*, Vol.45, nº1, 1994, pp. 55-77; MOUZELIS, Nicos, “In Defence of Grand Historical Sociology”, *British Journal of Sociology*, Vol.45, nº1, 1994, pp. 31-36; y HART, Nicky, “John Goldthorpe and the Relics of Sociology”, *British Journal of Sociology*, Vol.45, nº1, 1994, pp. 31-36.

³⁶ LUSTICK, Ian, “History, Historiography and Political Science: Multiple Historical Records and the Problem of Selection Bias”, *American Political Science Review*, Vol.90, nº3, 1996, pp. 605-618.

³⁷ MOORE, Barrington, *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon Press, Boston, MA, 1966.

³⁸ SKOCPOL, Theda, *States and Social Revolutions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

mismos sesgos teóricos.

Moore —para fortalecer su afirmación de que la guerra civil inglesa fue realmente una revolución burguesa— tuvo que mostrar, por ejemplo, que la burguesía irrumpió como una importante fuerza social en el segundo cuarto del siglo XVII. Su prueba fue aportada por el análisis de clase, más o menos problemático, del historiador Tawney, que había fusionado no sólo a los burgueses y a la *gentry* en un solo movimiento revolucionario, sino que además había proclamado el surgimiento de una clase empresarial “protocapitalista”. No obstante, estos hechos fueron duramente refutados por Jack H. Hexter³⁹ y otros historiadores que estudiaron ese mismo período. En otras palabras, Moore se apoya en Tawney y Campbell para los hechos, sin ninguna apreciación crítica de que esos hechos fueron el resultado de interpretaciones y disposiciones teóricas similares a las suyas y, por tanto, no podían proporcionar un conjunto de datos neutrales en virtud de los cuales se asentaran las proposiciones teóricas.

De manera contraintuitiva, tenemos que concluir que el primer problema para los trabajos macrohistóricos no es, por tanto, la dificultad para conseguir suficiente información sobre el pasado. Como Lustick sugiere: “La pregunta más desalentadora es cómo elegir las fuentes o los datos sin permitir una correspondencia entre las categorías y los postulados teóricos implícitos usados en las fuentes escogidas para asegurarse respuestas positivas a las preguntas formuladas sobre los datos”⁴⁰. Por supuesto, los historiadores están familiarizados con esta dificultad desde hace tiempo. En un artículo seminal, el eminente historiador Carl Becker⁴¹ intentó hace mucho tiempo explotar la noción de “hechos históricos” duros, que son directamente asequibles.

Por ejemplo, el hecho histórico de que Cesar cruzara el Rubicón no existe como una simple descripción de los actos físicos que implican cruzar un río, sino que existe en virtud de su relación con otros hechos y su “*emplotment*” dentro de una narrativa, poniendo esos hechos en perspectiva. Dada la inexistencia de hechos simples, la esperanza de alcanzar la verdad por vía de las generalizaciones o de más “datos” parece bastante escasa. Por lo tanto, los historiadores han desarrollado varios medios para sopesar la evidencia sometiendo a las fuentes y a los “hechos” a la crítica, basándose en argumentos contrafácticos, “triangulación” y procedimientos de “*process tracing*”.

He usado los dos ejemplos para aducir que el problema de la recursividad aparece de forma especialmente evidente en las ciencias sociales, dado que el entendimiento de los actores influencia el mundo. Por ende, la flecha causal va desde nuestro entendimiento (o el del agente) *hacia* el mundo y no *desde* “el mundo” hacia nuestro entendimiento o nuestra teoría. Este punto destruye la noción de que todas las explicaciones verdaderas tienen que ser enunciadas en términos de causas eficientes y que nuestros conceptos son reflejo de las cosas objetivamente dadas, tal y como el enfoque científico sugería. También afirmo que esto nos conduce directamente de vuelta a Bull, quien propuso el contraste con la historia para

³⁹ HEXTER, Jack H., *Reappraisals in History*, University of Chicago Press Chicago, IL, 1961.

⁴⁰ LUSTICK, Ian, “History, Historiography and Political Science...*op.cit.*”, p. 608.

⁴¹ Ver la discusión de Becker en BARNES, Elmer, *A History of Historical Writing*, University of Oklahoma Press, Norman OK, 1927.

dilucidar los asuntos sustantivos que aparecen en el mundo de la *praxis*.

La discusión previa sobre el “*emplotment*” de los hechos históricos y la naturaleza de los datos históricos también ha intentado hacer entender el argumento de que, aunque la historia es pasado y parece, por tanto, objetiva, fija y que presumiblemente proporciona un fuente segura de conocimiento, la reflexión histórica actual nos muestra que las cosas suceden de forma muy diferente: la historia es maleable porque siempre es *recordada* y forma parte de una narración, la cual es normalmente contrarrestada no sólo por argumentos opuestos concernientes a este o ese “hecho”, sino también por diferentes narrativas que “refutan” la versión convencional o hegemónica de las cosas pasadas. Esto es, a menudo, olvidado incluso por los autores que se dedican a investigar y que aducen datos históricos para fundamentar sus teorías. Frecuentemente esas investigaciones enriquecidas históricamente representan poco más que un compromiso “confirmatorio” con la historia, precisamente porque sólo se presenta la evidencia que respalda la teoría y los elementos cruciales de crítica de las “fuentes” siguen estando a menudo muy pobremente desarrollados.

Como prueban los debates recientes, los realistas acérrimos tienen el hábito de encontrar trabajos sobre la anarquía en todos lados⁴². Incluso el tratamiento más sofisticado de la crónica histórica de Andrew Moravcsik, que sugiere por ejemplo que los objetivos de política exterior de De Gaulle eran dictados por intereses comerciales más que geoestratégicos⁴³ se basa, no obstante, en una discutible lectura de dos fuentes más que —como él afirma— en una incuestionable fuente primaria “dura”⁴⁴. Finalmente, lo que a veces se olvida es que la “historia” es siempre recordada desde *una cierta situación en el presente*, en relación a la cual las cosas pasadas tienen relevancia ahora. Por ello, “rememorar” el pasado significa ponerlo en un marco que confiere importancia a las acciones y eventos, al conectar el pasado, a través del presente, con nuestros proyectos personales y políticos. En esta reflexión, establecemos nuestra identidad como agentes y sociedades y nos pensamos a nosotros mismos como “lo mismo” a pesar de los cambios. En este sentido, la “historia” es más el encuentro con el “yo” (*self*) que simplemente un almacén de datos o una aglomeración de ejemplos o de hipotéticas lecciones.

Memoria, Identidad y Acción

A continuación exploro el vínculo entre la reflexión histórica, la agencia y las nociones del yo individual y el yo colectivo. Si conseguimos demostrar cómo la agencia depende de la reflexión histórica, esta evidencia arrojará más dudas —apuntadas ya por Bull— sobre la coherencia de la ventajosa perspectiva científica absoluta y objetiva en relación a los problemas de la

⁴² FISCHER, Markus, “Feudal Europe 800–1300: Communal Discourses and Conflictual Practices”, *International Organization*, N.46, Primavera, 1992, pp. 426–66. Para una crítica del abuso de la historia en general por los neorrealistas, ver SCHROEDER, Paul, “Historical Reality vs Neo-Realist Theory”, *International Security*, N.19, Verano, 1994, pp. 108–48; una crítica del tratamiento de Fischer de las fuentes medievales puede ser encontrado en HALL, Rodney y Friedrich KRATOCHWIL, “Medieval Tales: Neo-Realist ‘Science’ and the Abuse of History”, *International Organization*, N.47, Verano, 1993, pp. 479–91.

⁴³ MORAVCSIK, Andrew, *The Choice for Europe: Social Purpose and State Power from Messina to Maastricht*, Routledge, Londres, 1998.

⁴⁴ Para una crítica incisiva del tratamiento de las fuentes de Moravcsik, ver LIESHOUT et al., “De Gaulle, Moravcsik, and the Choice for Europe”, *Journal of Cold War Studies*, Vol.6, nº4, 2004, pp. 89–139; para un debate anterior ver también el simposio en *Journal of Cold War Studies* (2000) con contribuciones de HOFFMANN, KEEKER, MILWARD, GILLINGHAM, VANKE, TRACHTENBERG, MORAVCSIK)

praxis. Para formar mi argumento quiero abordar el problema apoyándome en las reflexiones de Friedrich Nietzsche sobre la historicidad, antes de volver al enfoque “clásico” de Bull.

Fue Nietzsche⁴⁵ quien probablemente enfatizó de forma más vehemente el papel de la reflexión histórica en la construcción del yo. Criticó especialmente el hecho de ver el pasado como algo fijo: una idea equivocada de la historia que él tilda de “antigua”. Además, al concebir la historia como un producto de la memoria, Nietzsche no sólo se dio cuenta de que toda rememoración también presupone la “capacidad de olvidar”⁴⁶ y de que toda “historia” está en tensión entre ser evocada y ser olvidada, sino que además destacó el hecho de que el pasado está profundamente relacionado con la construcción del individuo como agente. Para ser capaz de actuar, los agentes tienen primero que recuperar su historia.

Además, la historia, definida como una “recolección” de todas esas cosas que *merecen la pena ser recordadas*, nos suministra ella misma el antídoto⁴⁷ contra el veneno de una necesidad asumida, de la lógica de los sistemas, de las “fuerzas ciegas de lo real”⁴⁸ y la desesperanza que proviene de la invención de la tradición que nos hace creernos sólo “epígonos” de un glorioso pero inalcanzable pasado. Podemos ahora ver desde esta perspectiva por qué los nuevos comienzos reemplazan el pasado con una relación tan cercana, como dan fe varios de los “renacimientos”. De la Antigua Sumeria⁴⁹ a Egipto⁵⁰, al Renacimiento italiano, o incluso la Revolución francesa o la rusa⁵¹. Se buscó un nuevo vínculo con el pasado que fuera intrínseco a los nuevos comienzos.

Otra cosa importante que señalamos de Nietzsche —independientemente de que estemos de acuerdo o no con su filosofía de vida— es que, visto desde esta perspectiva, el proceso de individualización no es simplemente un proceso biológico, sino que está condicionado por la comunicación con los otros y por la compartición de ciertas memorias colectivas con el grupo. En la medida en que todas las sociedades son “comunidades imaginadas”, para usar la afortunada frase de Anderson⁵², la memoria individual se ve reforzada por la participación en los procesos comunicativos. Dos procesos son importantes en este contexto. Uno hace referencia a las reglas y prácticas compartidas que necesitamos, tanto para las interacciones diarias como para los conflictos que inevitablemente surgen. El otro proceso se refiere a las rememoraciones comunes que nos ayudan a entender *quiénes* somos.

⁴⁵ NIETZSCHE, Friedrich, “Unzeitgemaesse Betrachtungen, Zweites Hauptstueck: ‘Vom Nutzen und Nachteil der Historie’” en NIETZSCHE, Friedrich, *Werke*, Hanser, Munich, Vol. 1, 1954, pp. 135–438 [3 volúmenes, edición Karl Schlechta]

⁴⁶ *Ibidem*, p.281.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 281.

⁴⁸ NIETZSCHE, Friedrich, “Unzeitgemaesse Betrachtungen, Zweites Hauptstueck...*op.cit.*”, p. 265.

⁴⁹ Como apunta Jan Assman, la dinastía de Sargon (que acabó en 2154 a.C.) alcanzó durante el primer milenio antes de Cristo un estatus paradigmático y los mesopotámicos de aquella época se convirtieron en “una sociedad excavadora”, obsesionada con preservar y encontrar de restos de su dinastía que, para aquel entonces, estaba lejos de haber desaparecido. En ASSMANN, Jan, *Religion und kulturelles Gedächtnis*, Beck, Munich, 2000.

⁵⁰ Ver, por ejemplo, los intentos de los fundadores de la 12ª dinastía de “revivir” el Viejo Reino y de dispensar una determinada importancia “canónica” a Faraón Snofru de la 4ª dinastía. En ASSMANN, Jan, *Maat: Gerechtigkeit und Unsterblichkeit im alten Aegypten*, Beck, Munich, 1990, p. 2.

⁵¹ Ver el regreso del culto de la República Romana y de la virtud, especialmente entre los exponentes más radicales de la Revolución Francesa.

⁵² ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1991 [edición revisada]

El *primer* tipo de proceso (que tiene que ver con los conflictos e interacciones) ha sido habitualmente tratado como un problema de orden y justicia. Las normas que gobiernan este proceso nos permiten interactuar incluso frente a desilusiones, ya que la función más importante de las normas es su capacidad para “una ordenación prospectiva”, al igual que su validez contrafáctica. Frente a la explicación realista del orden social —es decir, la supuesta necesidad de un encargado de hacer cumplir las normas que inflija castigos *ex post*—, la imposición del cumplimiento puede siempre ser sólo una estrategia residual, dado que ninguna sociedad puede existir si tiene que depender solamente de la coerción del soberano y sus sanciones. En este sentido, el argumento de Hobbes era mucho más sutil al basar su análisis en la fuerza generativa de las expectativas.

El *segundo* tipo de proceso se refiere al vínculo diacrónico que conecta el pasado con el futuro a través del presente, por vía de nuestros proyectos individuales y colectivos. Quiénes somos está determinado significativamente por de dónde creemos que venimos. Por lo tanto, este proceso tiene que ver con las identidades y las memorias colectivas que nos permiten funcionar como personas y grupos, y que hace de la “sociedad” una preocupación —en curso y transgeneracional— de todos los miembros.

Además, estas dos formas de conectar lo individual y el grupo están mucho más relacionadas intrínsecamente de lo que parece a primera vista. Después de todo, lo que tiene que ser hecho y lo que estamos obligados a hacer es frecuentemente el resultado de *rememoraciones particulares* que nos moldean poderosamente, precisamente, porque *no son universalizables* ni pueden reivindicar una aplicabilidad general. Por ejemplo, se debe obediencia al gobernante tradicional porque es el hijo legítimo del anterior gobernante y, así, sólo un fallo en la genealogía podría exculpar a los nobles y vasallos si dejan de obedecer. De manera similar, los eventos históricos pueden tener un significado particular y fuerza obligatoria para una sociedad. “Recuerda el Maine”, “recuerda el Boyne” (la batalla de 1690 entre católicos y protestantes en el Ulster), “recuerda el día de San Vitus” (1389, batalla de Kosovo), “recuerda Auschwitz”, “nunca más debe caer Masada”, etc; todas estas exhortaciones se refieren a rememoraciones de particular relevancia para determinados grupos, pero al mismo tiempo son poderosas fuentes de obligaciones.

Obviamente los muertos son de particular importancia en este contexto. La sociedad tradicional ha lidiado con esta obligación específica en términos de *piedad* (por ejemplo, lo que es debido a los ancestros)⁵³ y *fama* (gloria), que otros pueden compartir a pesar de no tener un vínculo personal con el fallecido. Gracias a la famosa obra de Pericles, *Elogio de la muerte*⁵⁴, podemos observar cómo se ha *politizado* este culto a la muerte después del paso de una sociedad tribal a la *polis* clásica. Al principio, y en cierta manera de forma extraña para nosotros, nos percatamos de que es la *ciudad*, y no los caídos, la que es objeto de alabanzas. Pero aquí Pericles siguió únicamente el auténtico espíritu de la legislación ateniense, que

⁵³ Por tanto, *piedad* significa en primer lugar lealtad para los de su propia “casa”, padres y dioses que protegen la familia y su morada. Por eso es por lo que Eneas fue llamado “piadoso” cuando cogió a su viejo padre, a su mujer e hijo para ponerles a salvo cuando todo se había perdido en Troya. En VIRGILIO, *The Aeneid*, Encyclopaedia Britannica, Chicago, IL, 1990 [traducción Mortimer Adler], libro II.

⁵⁴ TUCÍDIDES, *The Peloponnesian War*, Penguin, Londres, 1972 [traducción Rex Warner], libro II, párrafos 34-46.

primaba la honra a los muertos en *público* sobre la obligación de la familia o el clan⁵⁵. Aunque la familia tenía derecho a conservar el cuerpo del caído por unos días, tanto el entierro como los fastos públicos eran encomendados a la ciudad, reforzando así fuertemente la noción de que se debía lealtad a la comunidad en su conjunto, más que al clan o la tribu.

Estos ejemplos apuntan hacia varias conclusiones. *Una* es la maleabilidad del pasado al ser creado por la memoria a través de los recuerdos⁵⁶ (y olvidos) de los eventos que uno considera importantes (o no). Al igual que el individuo reescribe continuamente una biografía en la que los eventos y decisiones toman distintos significados —incluso relegando algunos de ellos al olvido—, también las memorias colectivas, registradas o no, muestran una plasticidad similar. Por supuesto, con la invención de la escritura aquellas memorias que habían sido descartadas, permanecen en algún lugar y pueden ser “rememoradas” otra vez y, a veces, se convierten en el futuro en parte una vez más de la memoria colectiva.

El mejor ejemplo de este fenómeno es el incidente de Masada, que prácticamente no tuvo ningún rol en la vida colectiva judía durante los casi dos mil años de diáspora. Tal y como fue originalmente relatado por Flavio Josefo (1970) fue una historia extremadamente relevante para los varios grupos de zelotes⁵⁷ que se habían rebelado contra los romanos. Habían conseguido tomar la fortaleza próxima al Mar Muerto y, finalmente, realizaron un suicidio colectivo cuando los romanos lograron atravesar las murallas. Josefo culpa a los zelotes de haber acabado con los últimos vestigios de la vida política judía, ya que a partir de entonces los romanos hicieron estragos y dispersaron a toda la población judía. Pero con la experiencia del Holocausto, con el Sionismo convirtiéndose en una fuerza política y con la creación de un estado asediado en los años 40, Masada tomó un significado totalmente nuevo. Lo que ahora se recordaba era el decidido sacrificio por la independencia y una determinada forma de vida más que el fracaso político de un antiguo estado. Algo que había sido olvidado fue “rememorado” —incluso desde un ángulo muy distinto, tal y como inducía la situación política de ese período— y pasó a formar parte de la nueva memoria colectiva.

La *segunda* conclusión es que las memorias individual y colectiva difieren en algunos ámbitos importantes, pero no en los que normalmente se considera. Habitualmente asumimos que el individuo, como un yo “desprovisto de ataduras” [*the 'un-encumbered' self*], arraigado en la noción de pura reflexividad, es el mismísimo principio de la reflexión teórica. De hecho, Descartes propuso esto como el *fundamentum inconcussum*. La sociedad y todas las demás nociones colectivas son agregaciones tardías que están basadas en la experiencia y la acumulación. No obstante, siempre empezamos como “seres provistos de ataduras”

⁵⁵ LORIAUX, Nicole, *The Invention of Athens: The Funeral Oration in the Classical City*, Harvard University Press, Cambridge, MA., 1986.

⁵⁶ Que aquí las emociones juegan un determinado papel en “seleccionar” y hacer importantes las cosas que uno “registra”, queda patente por la etimología de la palabra *recording*. No simplemente implica el almacenamiento de datos, sino que algo es encomendado al “corazón” (cor!) para guardarlo.

⁵⁷ Casi haciéndose eco del estado de ánimo de la descripción de Tucídides de la revolución en Corcyra (actual Corfú), Josefo escribe sobre los diferentes grupos que utilizan habitualmente motivos “religiosos” para justificar sus ataques terroristas, “tan corrupta era la vida pública y privada de toda la nación, tan decididos estaban a superar entre ellos en irreverencia hacia Dios y en injusticias hacia sus vecinos, aquellos en el poder maltratando a las masas y las masas esforzándose por derrocar a aquellos en el poder. Un grupo era propenso a la dominación, y el otro a la violencia y a robar al rico”. En JOSEPHUS [Flavius], *The Jewish War*, Dorset Press, Nueva York, 1970 [traducción G.A. Williamson], p. 394f.

[*encumbered selves*], como miembros de una sociedad concreta, en un tiempo específico y con unas obligaciones determinadas. Sólo a través de un largo proceso de diferenciación adquirimos la forma abstracta del individuo o la persona moderna y, con ello, la “visión desde ninguna parte”. El punto arquimédico no sólo caracteriza nuestra capacidad de comprensión del mundo —dado que es constitutivo de la objetividad científica—, sino que también se supone que nos proporciona los criterios para evaluar nuestros compromisos morales. El imperativo categórico que establece los criterios de la autonomía moral es, así, el último paso en este proceso en el que la generalización se convierte en el requisito más importante. Ahora, todas las obligaciones que resulten de una manera compartida de vivir, tales como deberes hacia nuestra familia, niños y conciudadanos, tiene que ser justificado, ya que el *ethos* por sí mismo no es suficiente⁵⁸. Como en el caso de la ciencia, la moralidad como disciplina también parece que requiera de una atalaya absolutamente privilegiada.

No sólo Hegel y los comunitaristas posteriores fueron quienes rebatieron esta interpretación de la reflexión ética. Incluso John Locke (y más tarde David Hume) —en manera alguna enemigos de la ilustración moral o científica— reconocieron que este movimiento conceptual podía no haber sido tan progresista o incuestionable como parecía a primera vista. A diferencia del puro cartesiano *cogito*, Locke entiende que la persona real es el resultado de actuar, recordar y olvidar. La consciencia, la certeza atemporal de la autoreflexividad no puede proporcionar este fundamento, dado que está sujeta a los mismos procesos de surgimiento y declive que todas las otras impresiones sensoriales humanas. Por tanto, ni las “ideas claras y nitidas”, ni el ego que surge de la duda radical, pueden sostener el peso con el que se les abruma en la construcción de la identidad y la agencia.

“La memoria en algunos hombres es muy obstinada, es verdad, casi hasta lo milagroso; pero sin embargo parece haber un constante declive de todas nuestras ideas, incluso de aquellas que están muy enraizadas y que más recordamos[...]. Así las ideas [...] de nuestra juventud, a menudo mueren antes que nosotros, y nuestras mentes representan para nosotros esas tumbas a las que nos vamos acercando, en las que, aunque el metal y el mármol permanezcan, las inscripciones ya han sido borradas por el tiempo”⁵⁹.

A pesar de la tenacidad de la memoria, la identidad de una persona no existe en el sustrato material, incluso aunque estemos tratando con el “yo corporizado”. La memoria es, más bien, una unidad impuesta sobre los eventos y las acciones, que nos permite comprendernos a nosotros mismos como la misma persona, a pesar de todos los cambios evidentes y los diferentes papeles que desempeñamos en nuestras vidas. Locke usa aquí la metáfora del “propietario” de las acciones de uno mismo para hacernos entender este hecho. Lo contrapone agudamente con la “unidad de sustancia” como el cuerpo, tal y como sugeriría una interpretación materialista.

⁵⁸ Quizás ésta es también una de las razones por las que la ética analítica se ha vuelto tan estéril o cuando realmente contribuye a resolver nuestros problemas prácticos tiene que apoyarse en la “interpretación” y eso quiere decir, apoyarse en “formas de vida” más que en los cálculos de los modelos puros. Para una crítica del formalismo en la ética, ver KRATOCHWIL, Friedrich, “Vergeßt Kant: Reflexionen zur Debatte über Ethik und internationale Politik” en CHWASZCZA, Christine y Wolfgang KERSTING (eds) *Politische Philosophie der Internationalen Beziehungen*, Suhrkamp, Frankfurt, 1998, pp. 96–152.

⁵⁹ LOCKE, John, *An Essay Concerning Human Understanding*, Clarendon Press, Oxford, 1975 [edición Peter Nidditch], p. 151f.

“Esto que, con la consciencia de este pensamiento con unirse consigo mismo, se convierte en la misma persona, y es una misma con eso, y nada más que eso; y así se atribuye como propio y reconoce las acciones de esa cosa como propias, hasta donde alcanza la consciencia y no más allá...”

“En esta identidad personal reside todo lo correcto y la Justicia de la recompensa y el castigo, felicidad y miseria, que cada uno se aplica a sí mismo, sin importar en qué se convierte cualquier sustancia”.

“Esto puede mostrarnos en qué consiste la identidad personal, no en la identidad de la sustancia, sino que como ya he dicho, en la identidad de la consciencia”⁶⁰.

Incluso aunque no estemos totalmente convencidos por esta “prueba”, algo ha quedado claro: la identidad es matizada ampliamente por todo tipo de vínculos conceptuales con nociones de responsabilidad y agencia, todos ellos no reducibles a “señalar” hechos incontrovertibles⁶¹. En cambio, lo que cuenta como un “yo” une elementos subjetivos e imputaciones de observadores externos con aquellas autodefiniciones del individuo en cuestión. No obstante, la diferencia entre la identidad personal (o individual) y la identidad colectiva es que aquélla tiene normalmente como referencia el “yo corporizado”—y aquí los criterios pragmáticos son obviamente importantes tal y como sugiere el texto arriba citado—, mientras que ésta [la identidad colectiva] es puramente un constructo social.

De esto se desprende un *tercer* argumento: que es más fácil “olvidar” la identidad colectiva de uno mismo que la personal, ya que en el primer caso la vida puede continuar y no necesariamente desemboca en problemas patológicos que sí son frecuentemente asociados con la pérdida de una identidad personal. Sin embargo, tal y como muestran las consideraciones mencionadas arriba, debemos ser cuidadosos al pensar que aquélla es real, mientras que la otra es una simple invención de la imaginación. Las memorias colectivas son reales y no simples agregaciones de memorias individuales. Como en el caso del lenguaje, del hecho de que sólo los oradores individuales tienen voz no podemos inferir que el lenguaje como tal debe ser concebido como una agregación de las voces individuales y no como un fenómeno colectivo.

En *cuarto* lugar, parece también que se puede deducir que la actual obsesión con las “identidades múltiples” simultáneas es una noción problemática. Se confunde la noción de “rol” con el de identidad y se comete la falacia de que si algo no está fijo, tiene que ser arbitrario y, por tanto, maleable según la propia voluntad. Si uno experimenta su propio pasado como una mera secuencia de eventos, experimentará su vida como algo esencialmente sin sentido y no será capaz de aprender, sino que probablemente se quedará atrapado/a en (destructivas) rutinas. Para evitar este destino, él/ella tendrá que “trabajarse” su pasado —para usar el vocabulario freudiano— para volver a ser un actor autónomo en un sentido pleno. Habitualmente, esta alienación del propio pasado y esta actitud tan descentrada es el resultado de un trauma, que la terapia intenta superar construyendo una narrativa histórica

⁶⁰ *Ibidem*, p. 341ff.

⁶¹ Para el carácter social de las memorias individuales, ver HALBWACHS, Maurice, *On Collective Memory*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1992 [edición Lewis Coser].

alternativa. Ciertamente, el individuo puede decidir cambiar parte de su identidad yéndose de casa, convirtiéndose a un nuevo credo o “naturalizándose” en algún otro lugar. Pero estos son normalmente procesos duros, más parecidos a aprender un nuevo lenguaje que a convertirse, por ejemplo, en miembro de un nuevo club, o a elegir entre manzanas o naranjas.

Quinto, dado que las emociones juegan un papel crucial para recordar y olvidar (véase el trauma mencionado arriba), los ritos especiales y ceremonias son medios poderosos para movilizarlos y habilitarnos para “rememorar”. Estos ritos juegan un papel particularmente importante en las culturas que no dependen de la escritura para la preservación de la memoria⁶². La *hieros gamos*, el ritual anual de matrimonio entre el cielo y la tierra, existente en muchas sociedades, nos facilita el mejor ejemplo. La “revivencia” periódica de la creación original por medio de la recreación de los mitos cosmológicos es, en las sociedades sin escritura, de suma importancia para el mantenimiento del orden.

En las sociedades en las que la memoria es ampliamente transmitida por textos, la coherencia ya no es sólo creada por la presencia actual y la revivencia a través de los ritos, sino principalmente por la canonización de determinados textos. Esto conlleva no sólo la “limitación” de lo que pertenece a la tradición y lo que es apócrifo, sino también la “purificación” de los propios textos, eliminando de ellos lo que parece extraño o accidental. Sin embargo, incluso en las culturas cuya memoria ha sido transformada por la escritura, las fechas conmemorativas —cuando los ritos y ceremonias llaman la atención al “común” del público de una manera emocionalmente significativa— no son simplemente suplantados, sino que siguen formando parte y condicionan la herencia cultural.

La conclusión de lo argumentado hasta aquí es que aquellos que olvidan su historia no sólo están condenados a repetir sus errores, como apuntó Santayana. El problema es aún más serio ya que aquellos que no pueden rescatar el pasado de los siempre cambiantes problemas del presente y conectarlo significativamente con el futuro, están mermados en su capacidad de agencia y, por lo tanto, serán propensos a malinterpretar los asuntos y elecciones que deben adoptar. Aunque la historia no puede ser “el profesor” de todas las cosas prácticas, la reflexión crítica de nuestra historicidad es una precondition indispensable para comprender nuestro dilema como agentes.

Conclusión

Este artículo comenzó con una pregunta crítica sobre cómo evaluar el progreso en la construcción teórica. En vez de proponer criterios epistemológicos a priori, empecé la discusión con un giro “histórico”, enfocando el problema a través de la historia del área de conocimiento. Lo hice por dos razones: primera, reconstruir el pasado de un área es un importante correctivo para nociones apriorísticas de la ciencia y la epistemología, como Thomas Kuhn⁶³ y muchos historiadores de la ciencia han demostrado. Segunda, dado que el tema que importa en política es la “praxis”, la pregunta sobre qué tipo de conocimiento es el apropiado para ésta, viene prejuzgada si uno asume que tiene que ser “científico” y que los

⁶² Ver en este contexto la discusión del ritual tepe entre los Osage en ASSMANN, Jan, *Religion und kulturelles...* *op.cit.*, p. 23ff.

⁶³ KUHN, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1970.

criterios pueden ser formulados de una manera independiente respecto al área, como sugiere el monismo epistemológico de la unidad de la ciencia (positivismo lógico).

He intentado mostrar las dificultades de esa posición enfatizando primero los aspectos prácticos de toda producción de conocimiento que no se adecúe al molde "teórico". Aquí las historias disciplinarias son particularmente importantes. Segundo, por medio de este enfoque histórico he sido capaz de destacar la naturaleza eminentemente práctica de la producción de conocimiento. En tercer lugar, usando a Bull como mi contrapunto, he intentado mostrar que un determinado tipo de construcción teórica, que trata de "testar" teorías con datos históricos multi-variables, malinterpreta en gran medida la naturaleza de los datos históricos, al no consistir esos datos en hechos brutos sino que están siempre inmersos en una narrativa y, por tanto, son parte de estructuras de conocimiento más amplias. Así, lo que se considera valioso recordar está condicionado por el apego a nuestros valores e intereses, como ya remarcó Weber.

Además, si la historia es producida por la memoria, como defiende, entonces siempre es vista desde una determinada *atalaya ventajosa desde el presente*. Es este presente el que guía la selección de lo que es considerado valioso recordar. En este sentido, la reflexión histórica no es una colección de hechos interesantes sin los que uno no pueda pasar, sino que es intrínseca a nuestras nociones de agencia e identidad. Al no acercarnos a la historia en términos de fijación del pasado, sino a través de la modalidad de recordar, los individuos y las colectividades pueden trascender los confinamientos impuestos por los sistemas que operan presuntamente de forma autónoma, y encontrar nuevas formas de dominar su propio destino.

Si la agencia depende de la apropiación del mundo histórico más que del desarrollo de una perspectiva absolutamente ventajosa, entonces el enfoque clásico de Bull proporciona un importante correctivo para las reivindicaciones absolutistas de la ciencia. Hace referencia a la variabilidad del mundo social que resulta de su naturaleza artificial (no hay categorías naturales⁶⁴) y del importante interés práctico que guía nuestra investigación. Ambos factores interactúan entre sí y tienen destacadas implicaciones a la hora de orientar la actual investigación y los criterios mediante los que intentamos obtener resultados. El primero enfatiza la "situacionalidad" [*situatedness*] de los problemas políticos, el segundo, los deberes prácticos específicos que los problemas políticos imponen a los actores. Ambos problemas merecen un somero tratamiento haciendo hincapié en las características especiales de un "conocimiento" apropiado para la *praxis*.

⁶⁴ Aunque podría ser problemático hablar de un enfoque "clásico", sin embargo uno podría aducir que el argumento de Aristóteles sobre la artificialidad del mundo humano podría ser el ejemplo "central" de este enfoque que puede ser ampliado a otros casos similares. Al distinguir los elementos "políticos" como una subclase de "sociabilidad" y al relacionar esta diferencia con la noción de "discurso", esto es, la habilidad para usar conceptos (como opuesto a "voz", que sólo sirve como un dispositivo de señales), Aristóteles muestra la importancia de los "conceptos" para la creación del orden social. Finalmente, al demostrar que esos conceptos no son simples descripciones de "patrones de comportamiento" observados, sino el resultado de un acuerdo sobre los valores, Aristóteles claramente muestra que los conceptos funcionan no a través de la "representación" ni la precisa descripción de una realidad externa, sino que son "productivos" del mundo social, al ser siempre parte de un "proyecto". Así, sus observaciones siguen siendo válidas aunque ya no compartiéramos el compromiso de Aristóteles con el "propósito" en la naturaleza. En ARISTÓTELES, *Politics*, Penguin, Londres, 1972 [traducido por T.A. Sinclair], ps. 1253 a 7-18).

El primer problema plantea la cuestión de qué es un "caso" y cómo debemos tratarlo con fines analíticos. Aquí se puede discernir entre dos tipos de "casos". Uno es el enfoque *analítico/de universo* y el otro el estudio del *caso histórico*. No hay duda que el canon epistemológico tradicional favorece el enfoque analítico/de universo en detrimento del caso único, ya que sólo aquél puede proporcionar aparentemente un conocimiento garantizado, en función de un criterio de generalización y de los cánones de la inferencia estadística. Consecuentemente, si no hay suficientes casos cercanos, se anima a los investigadores a incrementar sus observaciones. Aunque el último consejo puede violar algunos requisitos fundamentales de la inferencia (la independencia de casos), otros requisitos igual de rigurosos también deben ser tenidos en cuenta. Aparte de la clara separabilidad de los casos entre sí, las propiedades que exhiben estos casos deben tener significados que trasciendan los casos, no ser cambiantes a lo largo del período de observación, e identificar *ex ante* todas las variables que pueden ser usadas para explicar los cambios. Si hay un "argumento", esto quiere decir que hay "argumentación", esto es, la conexión de todos los puntos en el espacio variable.

El estudio de caso único (histórico), por otro lado, se centra desde el principio en el asunto de la delimitación del caso, al proveer una trama narrativa y al examinar su coherencia y "trazabilidad" críticamente. Aquí realmente el rompecabezas es conseguir aprehender correctamente el contexto y hacer juicios sobre las dimensiones relevantes que se descubren en la observación. Los atributos del caso adquieren entonces su significado del "contexto del caso", y *no de los valores de las variables*, como Charles Ragin ha señalado⁶⁵. Los límites difusos son asumidos para cualquier caso "histórico individual", así es que no todas las variables pueden ser identificadas *ex ante* y el foco es la explicación de la "transformación del caso" más que la reducción o transformación del problema en una cuestión relativa a diferentes mezclas de atributos. Como sugiere Andrew Abbot:

"Por tanto, el enfoque narrativo/de caso como explicación difiere de manera importante del analítico/de universo. Ignora las variables (en su lenguaje, "los tipos de eventos") cuando no son narrativamente importantes [...] Más que asumir la relevancia universal y constante, explica sólo "lo que necesita ser explicado" y deja que el resto pase a un segundo plano. Esta atención selectiva va en consonancia con un énfasis en la contingencia. Las cosas suceden debido a un cúmulo de factores, no porque unos pocos efectos fundamentales actúen independientemente. Y la mirada itinerante del enfoque narrativo/de caso tiene otra notable ventaja sobre el enfoque analítico/de universo. No necesita que se asuma que todas las causas se aposentan en el mismo nivel analítico (como en los modelos sociológicos comunes). Pequeños eventos (asesinatos) pueden tener un gran efecto"⁶⁶.

Así, el juicio y el reconocimiento rápido (razonando por analogía en lugar de mediante inferencia lógica o subsunción en una regla general), ambos dependientes de forma sustantiva de la experiencia más que del rigor deductivo y de la elegancia formal, son necesarios y

⁶⁵ RAGIN, Charles, *Fuzzy Set Social Science*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 2000, p.3.

⁶⁶ ABBOTT, Andrew, "What do Cases Do? Some notes on Activity in Sociological Analysis", en RAGIN and Howard S. BECKER (eds), *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, pp. 53-83.

proporcionan ayuda para la orientación. En esta medida, el conocimiento apropiado para dicho ambiente es la exposición a muchos casos y la capacitación real para el reconocimiento de conjeturas, más que la abstracción y la formalización.

Y en relación con la cuestión de la responsabilidad impuesta en el conocimiento práctico, deben considerarse los siguientes problemas. Primero, dado que sabemos que a menudo “producimos” la situación más que actuamos en el marco de sus limitaciones conocidas, el lado argumentativo de la interacción política rara vez puede ser desestimado⁶⁷, incluso si los pasos estratégicos y argumentativos están en negociaciones reales y están siendo negociadas de forma difícilmente separable⁶⁸. Segundo, dado que sabemos que no sólo actuamos en un ambiente de riesgo (sabemos lo que no sabemos), y a veces en uno verdaderamente “desconocido” (no sabemos lo que ignoramos), la precaución es mejor regla para la acción que los principios maximizantes. No perjudicar, no adoptar opciones ejecutantes, es, por tanto, más necesario que un razonamiento instrumental. Tercero, cuando tomamos seriamente el *interés práctico* —al igual que doctores, abogados, profesores y tomadores de decisiones— tenemos que aprender rápido que nuestras tareas están fuertemente moldeadas por nuestra *responsabilidad hacia un único paciente, cliente, alumno o determinada comunidad*. Esta tarea no puede cumplirse retirándose a un mundo atemporal en el que nos podamos permitir el lujo de abordar sólo aquello que es generalmente verdadero para la humanidad en su conjunto.

Finalmente, ya que sabemos que incluso en ausencia de una catástrofe como una guerra nuclear, existe la posibilidad de que un evento así *podiera* suceder, tenemos también la obligación de preocuparnos por los no-eventos y tenemos que imaginar casos y escenarios que involucren tanto análisis contrafácticos como desarrollos de casos únicos en proceso. Una explicación satisfactoria ya no sería entonces una que argumentara un caso como “un dato puntual” en un análisis multi-variable, sino aquella que dé cuenta del “flujo de comportamiento” a lo largo del tiempo. Es a través de este procedimiento como descubrimos rasgos contextuales que influyen profundamente los resultados y que modifican las supuestas relaciones causales entre las variables identificadas. Así, el análisis de Alexander George sobre los fallos existentes en la disuasión, corrigió de manera significativa las explicaciones derivadas de los modelos de disuasión, muy abstractos pero rigurosos, y también contribuyó, por tanto, al desarrollo de una actitud política mucho menos provocativa⁶⁹.

De forma similar, como muestran la controversia entre Paul Huth y Bruce Russett por un lado y la de Richard Lebow y Janice Stein, por otro⁷⁰, la universalización y la causalidad eficiente parecen piedras filosofales débiles. Lo que cuenta como un “caso” de disuasión y lo que no —evaluación que obviamente está muy influenciada por las estimaciones más que por

⁶⁷ RISSE, Thomas, “Let’s Argue: Communicative Action in World Politics”, *International Organization*, N.54, Invierno, 2000, pp. 1–39.

⁶⁸ SCHIMMELFENNIG, Frank, “Liberal Norms, Rhetorical Action and the Enlargement of the EU”, *International Organization*, N.55, Invierno, 2001, pp. 47–80.

⁶⁹ GEORGE, Alexander y Richard SMOKE, *Deterrence in American Foreign Policy*, Columbia University Press, Nueva York, 1974.

⁷⁰ LEBOW, Richard Ned y Janice STEIN, “Deterrence: The Elusive Dependent Variable”, *World Politics*, N.42, Abril, 1990, pp. 336–69; HUTH, Paul and Bruce RUSSETT, “Testing Deterrence Theory: Rigour makes a Difference”, *World Politics*, N.42, Julio, 1990, pp. 466–501.

las simples observaciones— deriva de la pertinencia de las caracterizaciones más que del puro número de “observaciones”.

Por tanto, es más útil desarrollar las tipologías que centrarse en variables que pueden ser universalmente verificadas. De igual modo, dado que gran parte del debate se refiere a no-sucesos, ni las clásicas evaluaciones probabilísticas (basadas en distribuciones o probabilidades tanto subjetivas como objetivas) ni la causalidad eficiente son de mucha ayuda. En ese caso, las mejores explicaciones se dan cuando usamos causas materiales o finalistas para reforzar sus aportes al conocimiento, más que aducir leyes universales y/o causas eficientes.

Es esta noción de responsabilidad y la importancia del tiempo y del cambio en los asuntos humanos lo que da a los argumentos de Bull su excepcional seriedad e importancia. Su argumento no es que las teorías a menudo mistifiquen sus orígenes en un proyecto político al pretender abordar el mundo social tal como “es”. Dichos argumentos han sido elaborados por Antonio Gramsci⁷¹ y Robert Cox⁷², y ambos han apostado por el desarrollo de una teoría “crítica” en detrimento de una simple teoría de resolución de problemas. Aquélla incorpora como un elemento intrínseco una “arqueología”, esto es, el relato de cómo este mundo social y sus actores fueron creados. En todo caso, creo que el argumento de Bull era incluso más ejemplar. Incluso para una teoría de “resolución de problemas” necesitamos entender los problemas particulares de la *praxis* y eso implica percatarse de nuestros dilemas como seres históricos. ■

Bibliografía

- ABBOTT, Andrew, “What do Cases Do? Some notes on Activity in Sociological Analysis”, en RAGIN, Charles C. and Howard S. BECKER (eds), *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, pp. 53–83.
- ALVAREZ, Jose, “Do Liberal States Behave Better? A Critique of Slaughter’s Liberal Theory”, *European Journal of International Law*. Vol. 12, nº.2, 2001, pp. 183–246.
- ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1991 [edición revisada]
- ARISTÓTELES, *Politics*, Penguin, Londres, 1972 [traducido por T.A. Sinclair]
- ASSMANN, Jan, *Maat: Gerechtigkeit und Unsterblichkeit im alten Aegypten*, Beck, Munich, 1990.
- ASSMANN, Jan, *Religion und kulturelles Gedächtnis*, Beck, Munich, 2000.
- BARNES, Elmer, *A History of Historical Writing*, University of Oklahoma Press, Norman OK, 1927.
- BOURDIEU, Pierre, *Pascalian Meditations*, Polity, Cambridge, 2000.
- BULL, Hedley, “International Relations Theory: The Case for a Classical Approach”, *World Politics*, N.18, Abril, 1966, pp. 361–77.
- BUZAN, Barry y Richard LITTLE, *International Systems in World History*. Oxford University Press, Oxford, 2000.
- COLLIER, Davis y Steven LEVITSKY, “Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative

⁷¹ GRAMSCI, Antonio, *Selections from the Prison Notebooks*, Lawrence and Wishart, Londres, 1971 [edición y traducción Q. Hoare y G. Nowel Smith]

⁷² COX, Robert, “Social Forces, States and World Order: Beyond International Relations Theory”, *Millenium*, N.10, Verano, 1981, pp. 125–55.

- Research", *World Politics*, N.49, Abril, 1997, pp. 430–51.
- COX, Robert, "Social Forces, States and World Order: Beyond International Relations Theory", *Millenium*, N.10, Verano, 1981, pp. 125–55.
- DAVIS, James, *Terms of Inquiry: Reflections on the Theory and Practices of Political Science*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, MD, 2005.
- DESSLER, David, "What is at Stake in the Agent/Structure Debate", *International Organization*, N.43, Verano, 1993, pp. 441–73.
- DIESING, Paul, *How Does Social Science Work?*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, PA, 1992.
- DOYLE, Michael, "Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs", *Philosophy and Public Affairs*, Vol.12, nº3, 1983, pp. 205–35.
- DOYLE, Michael, "Liberalism and World Politics", *American Political Science Review*, Vol.80, nº4, 1986, pp. 1151–69.
- FISCHER, Markus, "Feudal Europe 800–1300: Communal Discourses and Conflictual Practices", *International Organization*, N.46, Primavera, 1992, pp. 426–66.
- FRIEDRICHS, Joerg, *European Approaches to International Relations Theory: A House with Many Mansions*, Routledge, Londres, 2004.
- FUKUYAMA, Francis, *The End of History and the Last Man*, Free Press, Nueva York, 1992.
- FULLER, Steve, *Social Epistemology*. Bloomington, University of Indiana Press, IN, 1991.
- GALLIE, W.B., *Philosophy and the Historical Understanding*, Schocken, Nueva York, 1968.
- GEORGE, Alexander y Richard SMOKE, *Deterrence in American Foreign Policy*, Columbia University Press, Nueva York, 1974.
- GEORGE, Alexander y Andrew BENNETT, *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*, MIT Press, Cambridge, MA, 2005.
- GILLINGHAM, J., "A Test Case of Moravcsik's 'Liberal Intergovernmentalist' Approach to European Integration", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, nº3, 2000, pp. 81–6.
- GOLDTHORPE, John, "The Uses of History on Sociology — A Reply", *British Journal of Sociology*, Vol.45, nº1, 1994, pp. 55–77.
- GRAMSCI, Antonio, *Selections from the Prison Notebooks*, Lawrence and Wishart, Londres, 1971 [edición y traducción Q. Hoare y G. Nowel Smith]
- HALBWACHS, Maurice, *On Collective Memory*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1992 [edición Lewis Coser]
- HALL, Rodney y Friedrich KRATOCHWIL, "Medieval Tales: Neo-Realist 'Science' and the Abuse of History", *International Organization*, N.47, Verano, 1993, pp. 479–91.
- HART, Nicky, "John Goldthorpe and the Relics of Sociology", *British Journal of Sociology*, Vol.45, nº1, 1994, pp. 31–36.
- HEXTER, J.H., *Reappraisals in History*, University of Chicago Press Chicago, IL, 1961.
- HOFFMANN, Stanley, "Comment on Moravcsik", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, nº3, 2000, pp. 69–73.
- HUTH, Paul and Bruce RUSSETT, "Testing Deterrence Theory: Rigour makes a Difference", *World Politics*, N.42, Julio, 1990, pp. 466–501.
- JOERGENSEN, Knud Erik, "Continental IR Theory: The Best Kept Secret", *European Journal of International Relations*, Vol.6, nº1, 2000, pp. 9–42.
- JOSEPHUS [Flavius], *The Jewish War*, Dorset Press, Nueva York, 1970 [traducción G.A. Williamson]
- KEELER, J.T.S., "A Response to Andrew Moravcsik", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, nº3, 2000, pp. 74–6.
- KING, Gary, Robert KEOHANE y Sidney VERBA, *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in*

- Qualitative Research*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1994.
- KNORR-CETINA, Karin, *The Manufacture of Knowledge*, Pergamon Press, Oxford/Nueva York, 1981.
- KNORR-CETINA, Karin, *Epistemic Cultures: How the Sciences make Knowledge*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1999.
- KOSELLECK, Reinhart, "Historia, magistra vitae: The Dissolution of the Topos into the Perspective of a Modernized Historical Process" en KOSELLECK, Reinhart, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, MIT Press, Cambridge, MA, 1985, pp. 21-38 [traducción Keith Tribe]
- KRATOCHWIL, Friedrich, "Vergeßt Kant: Reflexionen zur Debatte über Ethik und internationale Politik" en CHWASZCZA, Christine y Wolfgang KERSTING (eds) *Politische Philosophie der Internationalen Beziehungen*, Suhrkamp, Frankfurt, 1998, pp. 96-152.
- KUHN, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1970.
- LAPID, Yosef, "The Third Debate", *International Studies Quarterly*, N.33, 1989, pp. 235-54.
- LEBOW, Richard Ned y Thomas RISSE-KAPPEN (eds), *International Relations Theory and the End of the Cold War*, Columbia University Press, Nueva York, 1995.
- LEBOW, Richard Ned y Janice STEIN, "Deterrence: The Elusive Dependent Variable", *World Politics*, N.42, Abril, 1990, pp. 336-69.
- LIESHOUT, Robert, Mathieu SEGERS y Ana VAN DER VLEUTEN, "De Gaulle, Moravcsik, and the Choice for Europe", *Journal of Cold War Studies*, Vol.6, n°4, 2004, pp. 89-139.
- LOCKE, John, *An Essay Concerning Human Understanding*, Clarendon Press, Oxford, 1975 [edición Peter Nidditch]
- LORIAUX, Nicole, *The Invention of Athens: The Funeral Oration in the Classical City*, Harvard University Press Cambridge, MA., 1986.
- LUSTICK, Ian, "History, Historiography and Political Science: Multiple Historical Records and the Problem of Selection Bias", *American Political Science Review*, Vol.90, n°3, 1996, pp. 605-18.
- MANN, Michael, "In Praise of Macro Sociology: A Reply to Goldthorpe", *British Journal of Sociology*, Vol.45, n°1, 1994, pp. 37-54.
- MAOZ, Zeev y Bruce RUSSETT, "Normative and Structural Causes of Democratic Peace", *American Political Science Review*, Vol.87, n°3, 1993, pp. 624-38.
- MILWARD, Alan, "A Comment on the Article by Andrew Moravcsik", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, n°3, 2000, pp. 77-80.
- MOORE, Barrington, *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon Press, Boston, MA, 1966.
- MORAVCSIK, Andrew, *The Choice for Europe: Social Purpose and State Power from Messina to Maastricht*, Routledge, Londres, 1998.
- MORAVCSIK, Andrew, "Beyond Grain and Grandeur: An Answer to Critics and an Agenda for Future Research", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, n°3, 2000, pp.117-42.
- MOUZELIS, Nicos, "In Defence of Grand Historical Sociology", *British Journal of Sociology*, Vol.45, n°1, 1994, pp. 31-36.
- NIETZSCHE, Friedrich, "Unzeitgemaesse Betrachtungen, Zweites Hauptstueck: 'Vom Nutzen und Nachteil der Historie'" en NIETZSCHE, Friedrich, *Werke*, Hanser, Munich, Vol. 1, 1954, pp. 135-438 [3 volúmenes, edición Karl Schlechta]
- OREN, Ido, "The Subjectivity of the Democratic Peace: Changing US Perceptions of Imperial Germany", *International Security*, Vol.20, n°2, 1995, pp. 147-84.
- POPPER, Karl, *The Poverty of Historicism*, Harper, Nueva York, 1961.
- POPPER, Karl, *Conjectures and Refutations*, Harper, Nueva York, 1965.
- POPPER, Karl, *Objective Knowledge*, Clarendon, Oxford:, 1972.

- RAGIN, Charles, *Fuzzy Set Social Science*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 2000.
- RISSE, Thomas, "Let's Argue: Communicative Action in World Politics", *International Organization*, N.54, Invierno, 2000, pp. 1-39.
- SCHIMMELFENNIG, Frank, "Liberal Norms, Rhetorical Action and the Enlargement of the EU", *International Organization*, N.55, Invierno, 2001, pp. 47-80.
- SCHROEDER, Paul, "Historical Reality vs Neo-Realist Theory", *International Security*, N.19, Verano, 1994, pp. 108-48.
- SKOCPOL, Theda, *States and Social Revolutions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- SLAUGHTER, Anne Marie, "International Law in a World of Liberal States", *European Journal of International Law*, Vol.6, nº4, 1995, pp. 503-538.
- SLAUGHTER, Anne Marie, "A Liberal Theory of International Law", *Proceedings - American Society of International Law*, N.94, 2000, pp. 240-253.
- SPIRO, David, "The Insignificance of the Democratic Peace", *International Security*, N.19, Otoño, 1994, pp. 50-86.
- THIES, Cameron, "Progress, History and Identity in IR Theory", *European Journal of International Relations*, N.8, 2002, pp. 147-85.
- TUCÍDIDES, *The Peloponnesian War*, Penguin, Londres, 1972 [traducción Rex Warner]
- TRACHTENBERG, M., "De Gaulle, Moravcsik, and Europe", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, nº3, 2000 pp. 101-16.
- VANHANEN, Tatu, *The Process of Democratization: A Comparative Study of 147 States*, Crane Russak, Nueva York, 1990.
- VANKE, J., "Reconstructing de Gaulle", *Journal of Cold War Studies*, Vol.2, nº3, 2000, pp. 87-100.
- VIRGILIO, *The Aeneid*, Encyclopaedia Britannica, Chicago, IL, 1990 [traducción Mortimer Adler]
- WEBER, Max, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Mohr, Tübingen, 1974 [edición von Johannes Winckelmann]

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

